

LO DESCONOCIDO NUNCA HA ESTADO TAN CERCA

OCULTOS STEFAN SPJUT



STEFAN SPJUT

OCULTOS

Traducción de
Martin Simonson

 Planeta

La lombriz está pegada al asfalto y es larga como una serpiente. No, más larga aún. Continúa entre la hierba que crece junto a la carretera. El niño sigue el viscoso gusano de color rosa con la mirada y ve que atraviesa la cuneta y entra serpenteando en la tripa de un animal de pelo gris. Un tejón. Está muerto, pero aun así lo mira. Los ojos son como de cristal negro y una de las patas se ha quedado rígida, medio levantada, como en un saludo.

La puerta del coche se abre y la madre del niño lo llama.

Pero no es capaz de apartar la mirada del animal.

Entonces ella sale.

Se coloca al lado del niño. Frunce tanto la nariz que las gafas se le suben.

—Lo han atropellado —dice.

—Pero ¿por qué tiene esa pinta?

—Es un intestino. Algún pájaro se lo habrá sacado. U otro animal.

El niño quiere saber qué pájaro puede haberlo hecho. Qué animal.

—Vamos —dice su madre.

—Pero todavía no he hecho pis.

—Pues venga, hazlo.

Aprieta la cara contra la ventanilla, pero los abetos son tan altos que casi no puede ver dónde terminan. Sujeta la gran botella de Fanta entre las rodillas y de vez en cuando sopla por el cuello de la botella. El cristal está caliente, y los últimos sorbos que ha tomado también.

Llevan casi tres horas en la carretera y nunca antes había pasado tanto tiempo en un coche.

Cuando paran, el niño no comprende que ya han llegado.

Porque están en medio del bosque y no ve ninguna cabaña.

Sólo árboles.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta.

Su madre se queda quieta un rato, absorta en sus pensamientos, antes de sacar la llave y salir. Abre la puerta del niño.

Es como si los mosquitos lo hubieran estado esperando. Se acercan revoloteando de todas partes y son tantos que crean un dibujo de puntos en la piel de sus muslos. El niño no intenta espantarlos con la mano, se queda parado sin más, de pie, con la mochila colgada sobre el hombro, gimiendo con fuerza.

Su madre pone una bolsa de viaje sobre el capó y saca una toalla de baño con la que envuelve al niño, como si fuera una capa. Después de atársela alrededor del cuello echa a correr, con la bolsa de viaje en una mano y la de la compra en la otra. Abre un surco en la alta hierba. Lleva una camiseta de felpa de manga corta, de color verde menta, y tiene una mancha alargada de sudor entre los omoplatos, y las perneras de campana de sus vaqueros vuelan alrededor de los pies.

El niño la sigue y los muñequitos, metidos en un bote de plástico en la mochila, suenan con las sacudidas. Agarra una banda de la mochila y con la otra mano asegura la toalla entre los dedos para que no vuele. Es difícil correr de esa manera, y la vegetación no tarda en engullir la espalda de su madre, delante de él. Le grita que lo espere pero no lo hace, sólo vuelve la cabeza y exclama algo al llegar a una curva más adelante, en el sendero.

Los helechos crecen cada vez más tupidos y detrás de ellos hay abetos de troncos gruesos; por debajo, una profunda negrura. Alrededor del niño las hierbas se elevan como escobas que resuenan con los zumbidos y los chasquidos de los bichos, y la capa vuela por encima mientras el niño corre.

El bosque se refleja en los cristales de las ventanas. Sobre el viejo tejado, que es de chapa, hay piñas y ramitas finas, y montículos de pinochas secas.

Su madre ya ha llegado a la puerta. Tiene la espalda encorvada y una mueca en la cara, mientras trata de meter la mano bajo un alféizar.

—Vamos —dice mientras levanta la chapa y mete los dedos por debajo, soplando para alejar a los mosquitos.

El niño ha desatado el nudo de la toalla, se la ha puesto sobre la cabeza como una capucha y está haciendo piruetas. Las zapatillas de deporte golpean la madera del porche. En algunos puntos, la hierba se levanta tiesa entre las tablas y el niño la pisotea. Encima de la barandilla tallada hay un cenicero lleno de agua. Allí flota una mosca, o tal vez sea un escarabajo: sólo se ven las patas ganchudas. Al mirar más de cerca descubre que hay más insectos que llenan el cenicero. Es una especie de sopa asquerosa, de las que hacen las brujas.

Su madre se ha puesto de rodillas y trata de mirar por debajo del alféizar.

—No me lo puedo creer —dice.

Después comienza a hurgar entre la hierba que crece al pie de la ventana.

El niño la contempla durante un rato.

Luego pone una mano sobre la manija de la puerta.

—Mamá —dice—. La puerta está abierta.

Ella le da un pequeño empujón, coge el equipaje, entra por la puerta y la cierra tras de sí. El niño se queda mirando un tapiz que está colgado en la pared que tiene franjas oscuras y unos ojos severos que lo miran, y se pregunta qué se supone que es eso. ¿Una lechuza? En ese momento recibe otro empujón, de la mano que sujeta la bolsa de plástico, fría por los cartones de leche que hay al fondo.

—¡Entra ya!

Las palabras parecen quedarse pegadas allí dentro. En una especie de tejido dejado por el silencio en el que ha estado sumida tanto tiempo la cabaña. El niño lo nota y se queda cortado. Prefiere quedarse donde está un rato más.

—¡Vamos, decídate de una vez!

Entonces entra en la cabaña y mira a su alrededor con ojos atentos.

Las paredes están forradas de tablas de pino sin barnizar, y más arriba, de papel de fibras. Por aquí y por allá cuelgan pequeños cuadros y cazuelas de cobre. A través de una puerta puede ver una litera. Las colchas son de color verde oscuro y en los extremos tienen flecos. Mete la cabeza por la puerta. Es una habitación pequeña. Junto a la cama hay un taburete y encima de él, un libro. Al otro lado de la ventana crece un árbol, cuyas afiladas hojas tocan el cristal.

El niño coloca su mochila sobre la mesa de la cocina, abre la cremallera y saca el bote. Es un viejo tarro de helado. En la tapa hay un adhesivo arrugado en el que pone BIG PACK. Quita la goma elástica con movimientos cautelosos, porque sabe que se puede romper. Las figuras de plástico se desparraman sobre la mesa. Las de la caja de galletas del Pato Donald se han enganchado las unas con las otras, como para indicar que deben estar juntas. También tiene pitufos. Un hipopótamo con las fauces abiertas. Un gorila que se golpea el pecho. Un caballo a galope que no se sostiene por su propio pie. Hay un señor que está sentado. Antes conducía un tractor, pero éste ha desaparecido. Todo el señor es azul. Incluso la cabeza.

Enfrente de la estufa hay un pequeño sofá y el niño se sienta allí con un pitufo en cada mano. Una lámpara de pie con la pantalla plisada se asoma sobre él. No tiene bombilla, sólo un agujero. La cabaña pertenece a un compañero de trabajo de mamá, y el niño se pregunta por qué no ha puesto una bombilla en la lámpara. Quizá por la misma razón por la que no tiene televisor.

Recorre con las manos la tapicería del sofá, que tiene bolitas y es de color mostaza, y sabe que si se juega en un sofá como ése uno puede quemarse.

En la cabaña hay una pequeña cocina americana, y se dirige a ella. El frigorífico es tan pequeño que tiene que agacharse para abrirlo. Allí no hay nada, ni siquiera tiene luz, y tampoco parece estar frío. Tiene que dar un buen empujón a la puerta para cerrarla. La pared de encima del fregadero es de corcho, igual que el suelo. Es de color marrón rojizo y tiene un dibujo de hexágonos.

Colgada en un clavo hay una ristra de ajos de plástico. El niño la señala con el dedo y pregunta a su madre si la puede coger, ella dice que sí. Pone el pie en un taburete para llegar hasta el fregadero y baja la ristra. No es que se pueda hacer gran cosa con ella, pero al menos es de mentira. Pinza los duros ajos de plástico entre los dedos, tratando de averiguar si están muy pegados, mientras su madre da vueltas por la cabaña abriendo cajones y cajas. También mira en el interior del frigorífico y lo cierra.

El niño dice que hay un suelo en la pared.

—Así es —dice ella con un suspiro—, y también una pared en el suelo.

Hay luz, pero no hay ni agua corriente ni inodoro, y lo primero que hacen, después de haberse untado las mejillas con una barra anti-mosquitos en la que hay una imagen de un mosquito de patas largas, es salir fuera, a buscar el retrete. Para que el niño sepa dónde está, si tiene que ir a hacer caca: el pipí puede hacerlo donde quiera.

Lleva la capucha del suéter sobre la cabeza y camina justo detrás de su madre, que maldice los mosquitos y trata de espantarlos con las manos.

Le promete que terminará acostumbrándose.

—Es peor para la gente que no es de aquí.

El niño calla y hace aspavientos igual que su madre, parece que caminen en un pequeño desfile.

El retrete es un cobertizo que está tan cerca de un abeto que la madre tiene que apartar las ramas llenas de pinchos con los hombros para llegar a la puerta. El niño se prepara para los posibles malos olo-

res y procura no respirar por la nariz. Mira por debajo del brazo de su madre con los ojos como platos. Las paredes están forradas con placas de conglomerado en las que la humedad ha pintado nubes oscuras. Hay un montón de revistas sobre el banco, que tiene un asiento de inodoro de plástico. En la ventana hay más insectos. Se han convertido en un montón de bolitas que han quedado debajo del trapo que hace de cortina.

El agua se recoge de una fuente mediante una bomba de metal. La bomba, pintada de verde, sobresale como una especie de planta huesuda de la exuberante hierba iluminada por el sol. Pero no sale agua, sólo se oye un ruido metálico cuando su madre mueve la palanca. Eso la irrita, el niño lo nota. Su madre se ha atado una bandana de tonos rojos sobre la cabeza y ahora mete los dedos debajo del borde mientras se frota la frente, que tiene cubierta de picaduras.

—¿Nos queda algo de frescos?

El niño niega con la cabeza porque sabe que no queda nada: ha apurado hasta la última gota caliente de la botella. Su madre desaparece en el interior de la cabaña y cuando vuelve a salir tiene una cazuela en la mano.

—Ven —dice, y pasa una pierna por encima de la valla que rodea el jardín.

Las ramitas de abeto que aparta con la mano son de un color gris pardo y parece que van a romperse, pero aguantan. Cuando el niño pone el pie sobre una rama gruesa que está hundida en el musgo, el otro extremo se levanta un poco, más adelante, y eso lo sorprende, es como si la rama levantase la cabeza para mirarlo y ver quién interrumpe su paz.

Un espejo de agua negra brilla por detrás de los rugosos troncos de los árboles. Alrededor crecen matas de hierba como largas bandas. También se reflejan en el estanque. Al igual que el cielo que flota allí, totalmente blanco entre los abetos, que parecen flechas con lengüetas. La madre se pone en cuclillas y hunde la cazuela en el agua. El

niño lucha con los mosquitos y contempla las burbujas. ¿De verdad van a beber esa agua?

—Ya verás —se limita a decir la madre.

Lleva la cazuela en una mano, y lo hace con tan poco cuidado que se le cae parte del agua. Al niño le parece que es mejor así, pues no tiene ninguna intención de beberla. Hay una ranura en la parte superior de la bomba y allí vacía la cazuela.

—Hay que humedecer el émbolo —dice la madre, moviendo la palanca hacia arriba y hacia abajo. Lo hace despacio, poniendo una cara de concentración que despierta cierta expectación en el niño, la suficiente como para contener sus preguntas. La observa mientras sacude la mano para espantar los mosquitos.

Al principio la bomba suena como antes, pero luego se oye un suspiro y un siseo. ¿Eso es bueno o malo? El niño no lo sabe. Contempla a su madre, que sigue accionando la palanca. Cada vez que repite el movimiento ella hace una pequeña mueca, pero es imposible saber lo que piensa.

Lo que sale es como una expulsión de tos de color marrón oxidado, pero después de un rato, la palanca ya saca agua más clara, que sale de la bomba en un chorro grueso y chapotea sobre la hierba. Es amarilla, está helada y tiene un sabor rancio, y el niño dice que es porque ella ha vertido el agua sucia por la ranura.

—¿Sabes lo que hizo el abuelo una vez? —pregunta la madre, colgando un cubo de plástico en la bomba. Lo mira con una sonrisa misteriosa.

El niño niega con la cabeza.

—Meó en una lata de cerveza y luego lo echó en una de estas bombas.

¿Hablabas en serio?

La madre sonríe.

—Qué asco, ¿verdad?

El niño está confuso y se limita a mirar el cubo.

Cuando el nivel de agua sube, el plástico se oscurece.

La madre sale a recoger flores, arranca unas cuantas de tallos largos y las pone en un jarrón sobre la mesa. Desprenden un fuerte olor especiado y se llaman manzanillas. El niño las estudia con atención y ve que en los pétalos blancos hay pequeños insectos, pero su madre dice que eso no importa. Algunos caen como nieve sobre la mesa y para poder distinguirlos en las vetas del tablón de madera, el niño debe agachar la cabeza y mirar de cerca. Los bichos tienen prisa y saben adónde ir. El niño intenta que cambien de dirección, pero no puede.

—¿Sabes cómo de pequeños son estos bichos? —dice.

—Seguramente muy, muy, pequeños.

—Son tan pequeños que cuando los toco se mueren.

Un poco más tarde, ya de noche, están tumbados en la litera, bajo un nórdico con dibujos de flores enormes, con formas fantásticas y hojas que serpentean. Han colocado una toalla a modo de mosquitera en la ventana y toda la cabaña resuena con los chirridos de los saltamontes.

—¿Lo oyes? —susurra la madre con los labios contra su pelo rizado—. Parece que estén aquí dentro, ¿verdad? Como si se encontraran dentro de la cabaña, tocando su música para nosotros. ¿Tal vez debajo de la cama...?

El niño asiente con la cabeza. Luego pregunta a su madre acerca de los refugios de animales de los que ella ha hablado en el coche. ¿Dónde están?

—En el bosque.

—¿Podemos ir a verlos?

—Quizá.

—¿Podemos?

—Ya veremos.

Al final de la noche empieza a llover. El repiqueteo contra el tejado de chapa les despierta bajo una luz tenue. Llueve sin parar. Ahora no son los saltamontes sino la lluvia la que está en el interior de la cabaña, fluye y fluye, y parece extraño que no se mojen. Los canalones se desbordan y caen chorros de agua a la hierba de las esquinas de la cabaña. De repente hace frío dentro.

—Mamá. Está lloviendo.

—¿Están mis gafas por ahí?

Sí que están, sobre el montón de cómics al pie de la cama. El niño estira el brazo y las coge. Las monturas son de plástico transparente y los cristales son grandes como unos platos de postre. Una vez puestas, su madre le da un empujón tan fuerte que casi se cae de la cama. Comienza una lucha libre. Su madre chilla porque el niño le pincha debajo del camisón, sus manos son como cangrejos.

—¡Cangrejos de hieeelo!

Las gotas de agua bombardean el cenicero de la barandilla del porche con tanta fuerza que el agua parece hervir. «Ahora la bruja está preparando su sopa», piensa el niño. El asiento de la silla está frío y él está en cuclillas, con el jersey encima de las rodillas. Está esperando el desayuno. Una vez más pregunta por los refugios de los animales, ¿están lejos?

—Tendrá que ser otro día —dice ella.

El niño protesta ruidosamente y entonces su madre le informa de que no han traído ropa impermeable. Eso lo decepciona y se queja, él tiene unas botas de goma, no para de gemir hasta que su madre le acaricia el pelo.

Lo mira. Tiene un flequillo marrón, tupido y resplandeciente, que se le cae por encima de las grandes gafas. No se le ve la frente.

Toman una sopa fría y rebanadas de pan de molde con margarina y nada más.

—Sándwich aburrido... —dice ella.

—Sándwich mullido... —dice él.

Después juegan a las cartas. El juego se llama Matar al Zorro.

Al niño se le da muy bien matar al zorro. Hay que estar muy atento y levantar la mano sin que el otro jugador se dé cuenta. Por eso se llama Matar al Zorro, porque tienes que ser como un zorro, listo y precavido. Su madre no lo ha pillado, está con la barbilla en la mano, observando las cartas que salen. El niño la machaca. Gana una y otra vez, da golpetazos en la mesa con la palma de la mano y suelta una risita cada vez que se hace con un nuevo botín.

Al final su madre se rinde y se aleja de la mesa. Se acurruca en el sofá con un libro. Tiene un montón de libros en su bolsa de viaje. Coloca los pies sobre la mesa y dobla los dedos de los pies hasta que se marcan los tendones. Tiene pequeñas manchas de color rojo en las uñas. Lleva una cadena alrededor del cuello y mueve el colgante de un lado a otro mientras lee, produciendo un ruido áspero. Ahora ya no tiene sentido intentar hablar con ella, el niño lo sabe de sobra.

En la estufa de hierro hay una cueva y el niño mete sus muñequitos en ella. Se arrodilla y mueve la puerta, que chirría y grita con una voz de pito. La estufa es una cárcel y a los muñequitos no les gusta estar encerrados, lo pasan fatal ahí dentro. Está totalmente oscuro y no hay más que cenizas para comer. ¡Pero se lo han buscado! Pataslargas intenta escaparse pero lo cazan a la altura de la cesta de la leña y lo escoltan de vuelta a la celda, cubierto de hollín, entre aullidos de protesta.

Su madre le sonrío.

Al niño eso no le gusta, y se calla.

A media mañana deja de llover y el niño se anima: ¡ahora sí que pueden salir a buscar los refugios de los animales! Pero su madre dice

que no con la cabeza. Que en el bosque sigue lloviendo. Los árboles gotean y está todo empapado.

—Nos calaremos hasta los huesos en seguida —dice, pasando página. Luego añade—: ¿Por qué no sales a jugar tú solo?

Al niño le parece bien.

Se aplica la barra antimosquitos en la frente, las mejillas y el dorso de las manos, hasta los dedos. Incluso se pone un poco en los brazos, y la parte delantera de los vaqueros. Por si acaso. A continuación se calza las botas de goma, se sube la capucha del suéter, abre la puerta y la cierra de nuevo rápidamente tras de sí.

El terreno que rodea la cabaña no es grande, tan sólo un pequeño claro en el bosque, que no tarda en explorar por completo. La puerta de la leñera está abierta y dentro flota una esfera de color gris claro en el aire. Un avispero. Parece abandonado, pero no se atreve a mirar de cerca.

En otro cobertizo hay un juego de croquet. La pintura de las bolas está desvaída. Sube al porche con un palo en la mano y golpea el cristal para enseñar a su madre lo que ha encontrado. Pero ella no quiere jugar, niega con la cabeza, y cuando el niño abre la puerta ella dice:

—Ahora no.

Y cuando el niño insiste:

—¡Cierra la puerta!

El niño corre tras las bolas de madera, que no tardan en desaparecer entre la maleza al otro lado de la valla. Al meter el palo entre las ramas de un arbusto consigue sacar una bola que él no ha enviado hasta allí, de eso está seguro. A la bola apenas le queda pintura pero cree que antes podría haber sido verde. Piensa que las bolas tienen un escondite ahí dentro.

También encuentra otras cosas en el cobertizo. En el suelo hay una cesta de plástico para hojas que está rota, y de ella saca un *frisbee*, y debajo del *frisbee* se esconde un balón de playa hecho un guñapo. Quiere hincharlo pero no puede, así que entra corriendo en la cabaña para que su madre lo haga. Espera mientras ella sopla y sopla.

—¡Me mareo! —dice.

Cuando vuelve a salir da una patada al balón, de color azul y blanco. Pum, es el ruido que suena, y luego el niño no puede hacer mucho más con él.

También trata de jugar con el *frisbee* pero no consigue que vuele demasiado lejos, por más fuerte que lo tire. El disco sólo quiere bajar al suelo y rodar por la hierba.

El silencio que la lluvia ha traído sigue reinando en el bosque.

Desde las paredes verticales de los abetos llegan unos tímidos trinos. El niño camina lentamente por el sendero, con la cara hacia arriba, intentando atisbar algún pájaro, pero los árboles no enseñan nada de lo que se mueve bajo sus ramas. Tienen secretos.

El agua gotea, se desliza, empapa. Plip, plop. La vegetación brilla, está reluciente y mojada, y al niño le parece que le sale al encuentro. Igual que los rodillos grandes y empapados que chapotean contra las ventanillas del coche en el túnel de lavado. Por aquí y por allá ve estrías de un tono entre el rosa y el rojo. Sabe que son plantas que se llaman «cola de zorro». Es fácil quedarse con ese nombre.

Piensa que no tardará en llegar hasta el coche, que en cualquier momento verá el destello de la pintura color chocolate entre los árboles. No sabe qué quiere hacer allí. Tal vez sólo mirar por la ventanilla y volver a la cabaña.

Pero ahora encuentra un arroyo. Sale por debajo del sendero y continúa entre los árboles. El agua es totalmente verde, así que no puede ver el fondo, pero no parece profundo. Se pregunta dónde irá a parar y decide seguirlo.

Camina a trompicones por un suelo rugoso debido a las matas de hierba y otros bultos. Intenta como buenamente puede no poner los pies en las zonas inseguras, o en los hoyos. Avanza dando rodeos y pequeños saltos entre tocones y pedruscos. Como tiene las orejas tapadas por la capucha no oye gran cosa, aparte del crujido de piñas y ramitas que se rompen cuando las pisa, y el viento que se mueve lentamente entre los empapados árboles.

Un refugio de animales es una casa de madera que no está pinta-

da, eso lo sabe. No vive nadie allí, pero en el pasado, hace mucho tiempo, vivían allí animales. Solos.

Una casa con animales. ¿Cómo sería? ¿Tendría ventanas? ¿Y estarían los animales al otro lado, mirando por las ventanas, aburridos? La idea le resulta extraña. El niño está seguro de que los animales a menudo se aburren. De que están tan acostumbrados a aburrirse que ni se dan cuenta de lo aburrida que es su vida.

De vez en cuando el arroyo desaparece tras arbustos impenetrables y largos juncos. Chapotea entre la hierba con las botas de goma y sus pantalones no tardan en empaparse y cambiar de color. También se le están enfriando los muslos. Su madre tenía razón, y el niño sopea la posibilidad de dar media vuelta.

Pero un puente improvisado, de madera, le hace cambiar de idea.

Un par de troncos podridos en los que alguien ha clavado unos palos perpendiculares.

¿Llevará ese puente a los refugios? ¿Lo usan los animales?

Se queda un rato mirándolo con las piernas frías, dudando.

La superficie del agua del arroyo es de color verde guisante. Parece venenosa. Una piña flota en ella. Así puede acabar él si no anda con cuidado. Eso lo sabe. Uno que flota tranquilamente con la cara vuelta hacia abajo. Un ahogado.

Cruza el puente con la mano sobre la barandilla. En su interior, su madre mueve los labios en silencio, pero el niño ya está entrando en el mar de hierba que lo espera al otro lado. Es tan alta que lo engulle por completo. Cuando llega un soplo de viento, las hojas se doblan con suavidad y frotan sus afilados extremos unos contra otros, formando unas susurrantes olas.

El niño puede moverse igual que un animal en la hierba. Como un topillo, piensa. No puede ver nada más que estrías verdes que se cortan entre sí. Camina con las manos delante del cuerpo y con ellas aparta el crujiente tejido vegetal, atravesado por el viento. Así es la vida del topillo. Justo así.

Aparta la capucha a la altura de una de sus orejas y oye un gran murmullo entre las hierbas, comprende que vuelve a llover. Pero no

se ve la lluvia. El niño parpadea un par de veces hacia el lugar donde el sol se ha colocado. Es como una fina membrana de luz detrás de las borrosas copas de los pinos. No hay ni rastro de los mosquitos. No le verán el sentido a ir volando por allí.

Continúa adentrándose en el cenagal.

En cuanto ve destellos de agua delante de sus pies, se aparta. El terreno fangoso no le gusta. De vez en cuando las botas casi se le quedan clavadas, como si la tierra se cerrase alrededor de ellas. En una ocasión le cuesta tanto levantar la bota que está a punto de sacar el pie de ella. Decide que ya es suficiente y da media vuelta. Pero en lugar de regresar al puente atraviesa el cenagal en dirección a unos abedules de troncos blancos que ha visto, y el bosque no tarda en cerrarse alrededor de él.

Ahora camina sobre una alfombra. Está hecha de musgo que se hunde bajo sus pies. Es suave y quiere cubrirlo todo, incluso ha llegado a trepar por los troncos de los árboles. También se extiende sobre las rocas, haciéndolas todas redondas. Al niño le gusta.

Las ramas se extienden como un techo sobre él, así que no nota la lluvia, y el viento que soplaba entre las enormes hierbas de la ciénaga no encuentra la puerta de entrada a este lugar.

Mira en dirección al bosque.

El silencio es profundo. Lo cierto es que es tan silencioso que llama la atención.

Todo está quieto, ni siquiera se mueven las pequeñas hojas de los arbustos o los frágiles tallos de las hierbas.

Hay poco espacio entre los árboles. Sólo unos resquicios de luz, nada más.

El niño continúa adentrándose. Elige el camino en función del bosque, que se abre y se cierra.

En la copa de un abeto ve racimos de piñas gordas, de color marrón dorado. El niño cree que nunca antes ha visto piñas en los árboles, sólo en el suelo. Piensa que parecen pájaros. Coge una piña del suelo y la arroja hacia la copa del abeto, pero es imposible llegar tan alto.

Se le despiertan las ganas de arrojar cosas, quiere seguir tirando, lo que sea. Además de las piñas coge ramitas, trozos de corteza. Pero se cansa en seguida. Se rasca la mejilla y siente que tiene un poco de hambre. Ya lleva bastante tiempo fuera de casa.

Capta el destello de unas bayas de color negro azulado entre las hojas y se pone en cuclillas. Con una mano intenta cogerlas, y con la otra, que lleva metida en la manga de la chaqueta, lucha contra los mosquitos. Sólo le sobresalen las puntas de los dedos.

No le da tiempo a recoger muchas bayas antes de que los mosquitos se metan bajo la capucha y comiencen a molestarle. Le atacan la cara, las pestañas y los labios, sus zumbidos se le meten en los oídos, y el ruido es casi lo peor de todo; tan agudo como sus punzantes trompas. Pero se apartan al percibir el olor de la barra con la que el niño se ha pintado. «Que se fastidien», piensa.

En el suelo hay mucho para explorar. Allí están las cosas muertas que nadie ha tocado. Un árbol se ha agrietado y el interior es rojizo, como la carne, y a una pequeña distancia ve un tronco de abedul podrido que se ha partido en dos. La fina corteza está desmigajada alrededor del árbol, como fragmentos de una cáscara de huevo. El niño pone la punta de una bota contra el abedul y empuja con suavidad. La madera está blanda.

Otro tronco está invadido por hongos amarillos que parecen orejas. Trata de contarlos, porque hay muchos. ¿Cuántas orejas puede llegar a tener ese tronco? Pero pierde la cuenta cuando los mosquitos le atacan de nuevo.

Un tocón hueco parece un tiesto que alguien ha hundido entre los arándanos. Una guirnalda de musgo rodea el agujero. Mira el interior del tocón, pero no hay nada especial dentro, sólo humedad y pinochas amontonadas. Le gustaría meter la mano y revolver el fondo. Puede que allí duerma un ratón, o una familia entera. Pero al final no se atreve.

En lo más profundo del bosque ve un pájaro que planea en silencio de un árbol a otro, dibujando una línea entre los troncos. Lo ve con el rabillo del ojo y se levanta en seguida para seguir caminando.

Ahora comienza a cantar un poco y a hablar consigo en voz baja y jocosa. No tiene casi nada de miedo porque no hay nada peligroso en el bosque, se lo ha prometido su madre. No hay lobos, no hay osos, nada que quiera comérselo. Aparte de los mosquitos.

Aun así, cuando las raíces de un árbol caído se elevan delante de él, siente un repentino revoloteo en la tripa, porque casi parece que es un señor que lo está esperando. Un señor del bosque sin cara. Uno de los que no se apartan.

Las raíces del árbol caído no se parecen a ninguna otra cosa en el bosque. Son anchas y amorfas, imponentes y oscuras. Después de esperar un rato, se acerca. La parte de atrás, separada del suelo, está llena de raíces que serpentean como hilos, y junto al suelo se abre un agujero que está cubierto de hojas de helechos. Entre las hojas está totalmente negro. Un lugar un poco inseguro y muy profundo. Ahí abajo vive alguien, de eso está seguro. Un tejón podría tener su túnel allí. Los tejones son criaturas subterráneas. Tienen ojos pequeños y suelen tener malas pulgas. Sólo salen por la noche, hociendo y susurrando.

Mientras observa la madriguera tras las raíces del árbol caído oye un chasquido.

Ha sonado como el ruido de unas pisadas sigilosas, justo al lado.

El niño se sube la capucha rápidamente para ver bien.

Su mirada se pasea entre los rugosos y escamosos troncos de los abetos.

Algo ha sido, está seguro.

Da un pequeño paso hacia un lado y estira el cuello para ver lo que hay detrás de las raíces del árbol caído. ¿Puede que sea el tejón, que ha salido todo enfadado porque un niño está observando su madriguera? Casi ni se atreve a mirar.

Un movimiento. Un trazo de pelo gris pardo.

Eso es lo que ve.

Después sale corriendo.

Corre hacia la luz, donde los árboles no crecen tan juntos.

Siente los latigazos de los arbustillos y las ramitas contra las botas de goma.